

EL TRABAJO

PERIÓDICO OBRERO BIMENSUAL

Redacción y Administración: Estrella 110

LA VOZ DEL PAPA

De cuando en cuando, León XIII, la mómia viviente del Vaticano, lanza desde su tumba un anatema á la civilización y al progreso. Es la voz de un muerto que condena la vida; es la agonía de un mundo moral que en sus estertores, arroja blasfemias y vomita injurias.

León XIII ha condenado el Socialismo. ¡Pobre hombre!

¡Cuán espesos son los muros del Vaticano! El fragor de las luchas sociales y los gritos de dolor que arranca la injusticia de los labios de los desheredados no llegan á oídos del titulado vicario de Cristo. Percibe tan sólo un rumor tenue debilitado por la distancia y la sordera moral del Santo Padre. Y no se da cuenta que condenar el Socialismo hoy, es ejercer de Nerón, es como condenar el cristianismo en sus primeros años. No lleva el Papa al suplicio á los socialistas porque su poder no llega á tanto; si disfrutara de la fuerza de los césares romanos repetiría las bárbaras persecuciones de aquellos tiempos.

Han pasado siglos, y revoluciones, la inteligencia humana se ha desarrollado, el mundo ha sufrido radicales transformaciones y lo que ayer eran sueños son

hoy realidades, y el Papa, mudo, ciego, petrificado, inmóvil como una esfinge, creyéndose poseedor de la verdad absoluta y dándose el título de representante de Dios en la tierra, no tiene conocimiento de que todo lo creado está sujeto á las leyes de evolución. Por eso habla como habla, por eso condena lo que no puede entender, por eso al comenzar el siglo XX se atreve á condenar el Socialismo, y parodiando al Cristo aconseja á los ricos la práctica de la caridad y á los pobres la humildad y la resignación.

¡La resignación! La resignación es el patrimonio de las almas débiles, la resignación ante la injusticia es la muerte moral del individuo, la resignación es un engendro de la ignorancia, es contraria á la dignidad humana. La bestia no se resigna al sufrimiento ¿y el Papa quiere que se resigne el hombre?

Peró no debe extrañarnos que del Vaticano salgan anatemas contra el progreso. No puede salir de allí otra cosa, es el palacio del pasado, nada hay en él que despierte ideas para el porvenir. En sus museos las mutiladas estatuas del arte pagano, restos de una civilización muerta; en sus paredes las pinturas de los grandes maestros del Renacimiento, cuando el arte estaba exclusivamente al servicio de la religión; en la biblioteca libros apollillados por los siglos. El arte moderno,



113

1902 FEBRUO

la ciencia moderna, la filosofía racionalista, humana, no han penetrado allí. No pueden salir hábitos de vida sino ráfagas de muerte.

Y el mundo que trabaja, que lucha y progresa, que aspira á mayor perfección y á mayor vida, oye los anatemas de León XIII con la mayor indiferencia y continúa su obra redentora.

RÁPIDA

Dejóla su esposo al morir, en sus entrañas un hijo por todo patrimonio.

Echada de la pobre habitación, sin recursos y sola, refugióse en abandonado casucho lejos, muy lejos de la ciudad. Allí, en aquel barracón mucho más frío y humilde que el pesebre en que se realizó el misterio de ser madre la virgen de la leyenda cristiana, ha parido la viuda infeliz.

No les visitan reyes que les ofrezcan ricos presentes, tampoco pastores que brinden alimentos á la madre, ni siquiera mendigos que les presten sus harapos. Únicamente el viento anunciándose con fuertes silbidos, penetra por entre las mal unidas maderas, envolviendo á los desdichados en fría caricia.

Busca el niño ansiosamente el pecho que ha de darle vida, y el pecho está exhausto, seco.

Los vagidos del hijo hambriento enloquecen á la madre que coge en sus brazos al ser querido y abandona el albergue miserable.

Hay en la ciudad asilos y allí podrá librar del hambre al hijo. No se dá cuenta de que necesita descanso y alimento y camina, camina sin desmayos.

Por fin! La madre sonríe y acaricia al hijo que sigue llorando.

Llama á la puerta del asilo. No pueden admitirles: es necesario para entrar un documento de la autoridad. Resignada, triste, dirige sus ya vacilantes pasos á la casa de maternidad. Tampoco hay allí albergue para

ellos: únicamente los hijos del crimen lo tienen. Desfallecida, anonadada, apoyándose en las paredes llega al hospital. No está verdaderamente enferma, y se quebrantarían las disposiciones reglamentarias: no pueden admitirles. Inútiles son sus ruegos y lágrimas; sin fiebre no es posible entrar en el santo hospital.

Ha cerrado la noche y el hijo calla. ¿Se habrá dormido? Si, se ha dormido para siempre.

Duerme el eterno sueño con la boquita abierta como esperando el pecho que había de darle vida.

La madre, enloquecida por el dolor con ningún otro comparable, se tambalea y cae desvanecida sobre el polvo de la calle.

Un grupo de obreros que salen del trabajo la auxilian. Adivinan lo sucedido y uno de ellos exclama:— Hay que transformar esto radicalmente, profundamente. Si no fuera conveniente por otras causas, sería necesario para evitar este suplicio á las madres.

AGITACIÓN SOCIAL

Reina en todas partes verdadera agitación social. Son innumerables las huelgas realizadas de algún tiempo á esta parte, y muchas todavía las que están pendientes de solución. Algunas han habido ya tumultuosas, ya sangrientas.

Innumerables son también las sociedades de resistencia constituidas y es de esperar que la beneficiosa idea de la asociación obrera se extenderá más y más.

No hemos de decir si nos será grato el movimiento social que presenciamos. Este movimiento, esta agitación indica bien á las claras que los obreros adquieren una educación social que dará ineludiblemente resultados excelentes. Penetrados ya de los beneficios que pueden lograrse por medio de la asociación, á la asociación acuden como medio hoy por hoy el más eficaz para hacer frente á las demasías capitalistas.

Recientes victorias obtenidas por los obre-

ros de distintos puntos, abonan su eficacia; continuos atropellos é injusticias de los patronos, evidenciado la necesidad de que los obreros debemos mostrar la mayor tenacidad en mantenernos unidos y organizados. Es un deber social que no debemos en modo alguno eludir si en algo estimamos nuestro bien y el de los que han de sucedernos.

No deba guiar nuestros actos el menor asomo de egoísmo. Trabajemos constantemente y sin desmayos, por extender cada día más los lazos de solidaridad que han de unir á la gran familia proletaria. Estrechemos nuestras filas, contemos los combatientes, preparemos el ejército de los oprimidos para que esté en condiciones de librar, en futuros días, rudas batallas.

Que serán rudas, lo prueba la tenaz resistencia que opone el capital en ceder en lo más mínimo á las justísimas y modestas demandas de los obreros. ¿Qué no hará cuando se trate de arrebatarle el poder que la injusticia le concede?

Estériles serán, sin embargo, sus esfuerzos por evitarlo. Adquieren de día en día los obreros mayor suma de conocimientos; mayor es también su afán por ilustrarse. La cultura y la ilustración serán, á no tardar, el complemento á la fuerza avasalladora que les haga poseedores de los derechos porque suspiran.

De nosotros depende el que se acelere ó retarde el día de las reivindicaciones. Demos el mayor impulso posible á la agitación social que se nota en todas partes. Y pues todos los proletarios sufrimos por igual los efectos de las injusticias sociales y una misma aspiración nos hermana, hagamos que sea común el esfuerzo que acabe con el reinado de la explotación y la tiranía. No malogremos el saludable movimiento que se ha iniciado, y no olvidemos que si el movimiento es signo de vida, la indiferencia y el quietismo lo son de muerte.

A todos los asociados y no asociados

Estamos abocados á la transformación del actual régimen social. El capitalismo ha llegado á su más grande apogeo, y como consecuencia, el proletario sufre la más completa

miseria. Agoniza ya el pequeño industrial, absorbido por los colosos del dinero, y el obrero se revuelca en un mar de angustias y necesidades. Del mismo modo que el movimiento produce calor, este estado social, de opulencia en unos, de miseria en otros, produce degeneración, emoruteamiento y positivo malestar; y así se ve á las clases *altas* envueltas en el vicio y á buen número de obreros permanecer en la indiferencia de sus penalidades, creyendo que no tienen remedio, haciéndose de esta manera las más predilectas víctimas del embrutecedor capital.

Tal situación no puede prolongarse. Creen que los burgueses que disponiendo de mucho oro y rodeados de tal miseria pueden seguir tranquilos disfrutando de las riquezas que poseen mediante una buena organización de la fuerza, y la crean. Y en cambio aumenta el espíritu de rebeldía entre los proletarios y cada día estallan luchas entre el capital y el trabajo más imponentes que nunca, debido á este anormal estado social y á la propaganda cada día creciente de las ideas emancipadoras se ve levantarse espontáneamente á la masa obrera reclamando y exigiendo su puesto en el banquete social, y á los burgueses amedrentarse, ofuscándoseles la razón, y para disimular su miedo, ametrallarnos, sin darse cuenta que así la masa acumula más su odio en contra suya y ayudan poderosamente á la pronta y positiva redención humana.

Pero no debemos sólo fiar el triunfo nuestro á las injusticias sociales, aunque ellas justifican nuestra razón. Debemos aprestarnos á que estos males acaben cuanto antes por nuestros propios esfuerzos, siquiera para acortar la carrera de nuestras grandes amarguras, y también porque nuestra dignidad exige que procuremos nosotros mismos nuestra libertad, nuestra justicia, nuestra emancipación, que no ha de regalárnosla el enemigo, ni nos la dará graciosamente; debemos tomarla, conquistarla y defenderla en la victoria.

Así, todo cuanto se haga para inteligenciar los varios elementos que componen las huestes obreras y revolucionarias, todo cuanto se piense en su organización ó en la manera de manifestarse, ó de agitarse y producirse, es siempre conveniente y útil, es allegar fuerzas á la revolución.

Por esto, y creyendo ser un gran bien para la causa de los trabajadores el que éstos se reúnan en sus secciones para tratar de cuantos asuntos crean concernientes á mejorar su situación, invitamos á los que estén separados que ingresen en sus respectivas secciones. Dejemos las particularidades y ofensas que pueda haber entre los obreros y unámonos todos como víctimas que somos de una misma causa, del capital. Divididos somos pasto de la burguesía; ella es quien se aprovecha de nuestras divisiones y rencillas para seguir atropellándonos y esclavizándonos. Si, compañeros, la burguesía se sirve de nuestra indiferencia para explotarnos; nosotros hemos de servirnos de la unión para luchar contra ella y quitarla toda esperanza de triunfo.

Unámonos, pues; acudid á vuestra respectiva sección cuyas puertas están abiertas de par en par para todos los explotados.

Esperamos que ni uno faltará al cumplimiento de su deber y que recuperaremos las ventajas que de derecho nos pertenecen, y que obtendremos algunas otras que nos acerquen al logro de nuestras reivindicaciones.

S.

Evolución y Revolución

Se puede decir que Evolución y Revolución son los dos actos sucesivos de un mismo fenómeno; la evolución precediendo á la revolución, y ésta precediendo siempre á una evolución nueva, madre de las revoluciones futuras. ¿Puede verificarse un cambio sin llevar consigo variaciones bruscas en el equilibrio de la vida? La revolución, ¿no debe suceder necesariamente á la evolución; de igual modo que el acto sucede á la voluntad de obrar? Una y otra solo difieren por la época de su aparición. Poned un obstáculo cualquiera á la corriente de un río, y las aguas se reunirán poco á poco detenidas por el mismo, formándose allí un lago por una evolución lenta; más de pronto se producirá una infiltración en la parte superior del dique, bastando la caída de un guijarro para producir el cataclismo, el obstáculo quedará barrido rápidamente, y el lago volverá á ser río de apacible corriente:

así se habrá producido una pequeña revolución terrestre.

Si la revolución es siempre más tardía que la evolución, la causa de ello existe en la resistencia de los medios: las aguas de un río se deslizan blandamente entre las riberas, porque éstas la detienen en su marcha; las olas del mar se rompen con violencia sobre los escollos, y el rayo rasga las nubes porque la atmósfera se opone á la salida de la chispa eléctrica. Cada transformación de la materia, cada realización de la idea, está durante el período de sus transformaciones contrariada por la inercia del medio, y el fenómeno nuevo no puede tener lugar más que por un esfuerzo tanto más violento ó por una fuerza tanto más poderosa, cuanto más grande es la resistencia. Herder, hablando de la Revolución francesa, ha dicho: «La semilla cae en la tierra, durante largo tiempo aparece muerta, más de pronto brota su tallito, después separa la tierra que la rodea, combate con la arcilla que la impide su desarrollo, y he aquí que se convierte en planta, que florece y que madura su fruto.» Y el niño, ¿cómo nace? Después de reposar nueve meses en las tinieblas del claustro materno, escapa de él, también con violencia, rasgando sus envolturas, y á veces matando á su madre. Tales son las revoluciones, consecuencia forzosa de las evoluciones que las precedieron.

A pesar de todo, las revoluciones no son necesariamente un progreso, al igual que las evoluciones no están siempre dirigidas hacia la justicia. Todo cambia, todo en la naturaleza está dotado de un movimiento eterno; pero si hay progreso, puede haber también retroceso, y si las evoluciones tienden á un acrecentamiento de vida, hay, en cambio, otras que tienden hacia la muerte. La detención es imposible; es preciso moverse en uno ó en otro sentido, y el reaccionario empedernido, y el liberal insípido, que lanzan gritos de espanto ante la palabra revolución, marchan, á pesar suyo, hacia una revolución: la de la muerte. Las enfermedades, la senectud, la gangrena, son evoluciones tan perfectas como la pubertad. La invasión de los gusanos en el cadáver, como el primer vagido del recién nacido, indican que ha tenido lugar una revolución. La fisiología, la historia, están

ahí para demostrarnos que existen evoluciones que se llaman decadencia, y revoluciones que son la muerte.

La historia de la Humanidad, bien que tan sólo nos sea conocida á medias y durante un corto periodo de algunos siglos nos ofrece ya ejemplos numerosos de razas y de pueblos, de ciudades y de imperios que han perecido miserablemente como resultado de evoluciones lentas, produciendo su caída. Múltiples son los hechos de todas clases que han podido determinar estas enfermedades de las naciones de razas enteras. No obstante, existe una causa mayor, la causa de las causas, en la cual se reasume la historia de la decadencia. Esta reside en la constitución de una parte de la sociedad en dueña y señora del resto de la misma, en el acaparamiento de la tierra, de los capitales, del poder, de la instrucción y de los honores, por unos cuantos ó por una aristocracia. Desde el momento que la multitud imbecil no encuentra el resorte de la rebelión contra ese monopolio de un corto número de hombres, está muerta virtualmente, y su desaparición es tan sólo negocio de tiempo. La peste negra llega bien pronto para barrer todo este montón inútil de individuos sin libertad; los verdugos acudirán de Oriente ó de Occidente, y el desierto ocupará el lugar de ciudades inmensas. Así murieron Asiria y Egipto: así se desvaneció la Persia, y cuando todo el Imperio romano pertenecía á algunos grandes propietarios, los bárbaros se encargaron de reemplazar en un momento á los proletarios esclavizados.

ELISÉE RECLUS.

NO HAY DOGMA ECONÓMICO

Sanciona el código la propiedad en la forma en que actualmente está constituida; niégala su sanción la ciencia, señalando á su origen principios diametralmente opuestos á los que la atribuye el legislador.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho, que entraña por una parte el ataque y por otra la resistencia, y que da origen, por natural consecuencia, á penosa crisis, que ha de resolver en su día una evolución que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo trasciende naturalmente á la vida social, donde se halla representado por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas, que tienen preocupaciones, ideas é intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos de trabajo, de la ciencia y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo recibe la instrucción primaria (y eso casi únicamente en los grandes centros de población), vive en medio de las mayores privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con el hecho social que dejamos bosquejado, se hallan estas consideraciones de perfecta justicia:

La tierra, el aire, la luz, productos naturales anteriores al hombre y por consiguiente anteriores á la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en una familia ó en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia ó de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede considerarse como el patrimonio exclusivo de los poseedores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia á la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador, ni tampoco de una sociedad de capitalistas.

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones de que dejamos hecha mención, debiendo considerarse la primera como acaparadora y expoliadora, y la otra como despojada y desheredada.

Acaparadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo acaparamiento, la misma expoliación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimo-

nió universal, sólo participa de él una clase constituida en mayorazgo, especie de *heredencia* social, privando de la justa participación á todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido revestir de la autoridad de derecho y que los legistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Nosotros, que sólo aceptamos la verdad demostrada y que rechazamos todo dogma, mucho menos aceptaremos éste que en tan grande oposición se halla con la verdad y la justicia, y que además es causa de males innumerables de infinitas víctimas, y pronto, dado su arraigo, continuar sus desastrosas consecuencias hasta que la razón, abriéndose paso, sustituya el actual régimen social con otro en armonía con la ciencia.

Y si combatimos el dogma en todas sus manifestaciones, ora como código, ora como argucia de leguleyo, ora como sofisma de economista venal ó adulador, combatimos con no menos energías los paliativos con que se pretende hipócritamente atenuar el mal.

En efecto, dueños los acaparadores y explotadores de todas las posiciones, y seguros de que no serán desalojados de ellas, fingen querer remediar el mal que de una manera tan lamentable se presenta, y reconociendo que en el individuo existe una tenencia natural al mejoramiento propio, predicán el ahorro, prometiendo á los que lo practiquen constantemente la elevación sobre el nivel general; convencidos de que no basta tocar la cuerda del egoísmo para contener la masa de los desheredados, predicán también la caridad, y amalgamando así el egoísmo y el altruismo se produce un compuesto que pudiéramos llamar la resignación, con lo cual se logra que todos en revuelta confusión seamos víctimas y cómplices del desbarajuste social.

Respetamos el ahorro cuando no degenera en avaricia y no lleva al individuo á cometer actos de insolidaridad; respetamos la caridad, no en su sentido místico, sino considerada como sentimiento que lleva al individuo hasta el heroísmo y la abnegación por sus semejantes, pero los detestamos y no los consideramos como virtudes, sino encubridores y causantes de grandes males, cuando sirven de reparos y paliativos á injusticias trascendentalísimas.

En pugna con esa hipocresía admiramos la cínica franqueza de aquel economista que se atrevió á decir que el que no encontrase cubierto para sí en el banquete de la vida no tenía derecho á quejarse sino á morir.

Queremos la verdad en las ideas y la justicia en los hechos, y ejercitando nuestro derecho y sirviéndonos de la razón, juzgaremos todas las doctrinas y condenaremos todos los abusos, sin que nos detenga en tan noble propósito los vanos respetos de que pretenden rodearse el error y el vicio arraigados por el transcurso del tiempo y por las influencias de los poderosos, porque juzgamos que nuestra tarea no debe limitarse á afirmar nuestro derecho de pensar libremente, que éste todo individuo lo tiene, aun en los tiempos de dominación más absolutista, sino que nos proponemos quitar creyentes á todo dogma, proporcionar prosélitos á la ciencia y con ellos allegar elementos á la obra de la transformación social.

ANSELMO LORENZO.

La conversión en propiedad capitalista de la propiedad privada procedente del trabajo propio de muchos individuos aislados y de consiguiente fraccionada en porciones innumerables, es naturalmente un proceso sobre toda ponderación, más largo, cruel y dificultoso que la conversión en propiedad social de la propiedad privada capitalista, procedente ya de hecho de la explotación cooperativa de los medios de producción. En aquella se trató de que unos cuantos usurpadores desposeyesen á las muchedumbres del pueblo; en ésta se tratará de que las muchedumbres del pueblo desposean á unos cuantos usurpadores.

Cada capitalista vive de la muerte de varios seres humanos. A medida que disminuye el número de los grandes señores del capital, se aumentó la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación y la expoliación, pero al mismo tiempo aumenta también, como una marea ascendente, el levantamiento de la masa popular ilustrada por el mecanismo de los procedimientos de la producción del capital, unida y organizada.

CARLOS MARX.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

El dueño del *Centro Periodístico* nos ha obsequiado con un ejemplar de *El Rey de los Cocineros*, obra que regala á cuantos se suscriban por un trimestre ó semestre y adelanten el importe de la suscripción.

También anuncia que en los trimestres venideros, se propone ofrecer nuevos regalos variando el carácter de las obras, que serán de escritores tan eminentes como Daudet, Zola, Tolstoi, D' Anunzio, Perez Galdós, etc. Agradecemos el obsequio.

Los obreros albañiles de Mataró han convenido con sus patronos que la jornada de trabajo sea de ocho horas, ó sea una menos de las que en dicho oficio se venía trabajando.

Alcanzar sin lucha tal mejora parece imposible dados los antecedentes de los patronos que se estilan.

Parece que la conjura de que hablamos en un artículo del pasado número ha fracasado.

No se deciden los benévolo patronos á realizar la infamia que concibieron, no porque repugne á su averiada conciencia los medios indignos; sino porque habrán comprendido que no era ocasión propicia ésta para ejercer de matón.

¡Otra vez será queridos conjurados!

Consteos, sin embargo, que no vivimos desprevenidos.

El ministro de la Gobernación aprovechará la calma parlamentaria para estudiar las huelgas de Barcelona.

Buena falta hace al ministro el estudio. Nos lo demostró con el famoso proyecto sobre las huelgas.

Saldrá del tal estudio otro proyecto de ley? Temblemos.

¡Oh la moralidad de las clases privilegiadas!

No hace muchos días que un joven perteneciente á la aristocracia barcelonesa mató á tiros á su madre, á su madre por cuestión de dinero; ahora un apreciable sujeto, también perteneciente á una familia de las que se ha dado en llamar distinguidas no sabemos porque, ha abandonado á su esposa enferma

para ir en compañía de una espiritual hermana de la caridad á gozar del amor espiritual naturalmente por esos mundos de Dios.

Cuando se haya liquidado las clases directoras habrá desaparecido la mayor de las porquerías que infectan la sociedad.

La *Sociedad de Albañiles y Peones* de esta localidad ha dirigido un manifiesto á los patronos, propietarios y al público en general, pidiendo la jornada de ocho horas.

Reproducimos algunos párrafos, por los que puede verse la razón que les asiste al hacer tal demanda.

«Todo aquel que se rige en las condiciones en que se presta el rudo y mal retribuido trabajo de albañilería, no dejará de encontrar justa la demanda de las ocho horas.

No debe olvidarse que la jornada de ocho horas es el gran ideal de las clases trabajadoras del mundo, y que han llegado á la implantación de la misma, por honrosos convenios con patronos, los yeseros, pintores, adornistas, estucadores, picapedreros, tallistas, y otros asalariados de diversos artes y oficios de diferentes localidades, los cuales no prestan un trabajo tan penoso como el de los oficiales albañiles.

Nuestra clase va conquistando paulatinamente tal mejora que no perturba en lo más mínimo el funcionamiento de la industria. Reciente está la implantación de la jornada de ocho horas en Valencia, Barcelona, Badalona, Villanueva y Mataró.

Las razones en que se funda nuestra petición, que deseamos sea aceptada por los contratistas de obras, no pueden ser más lógicas ni justas.

Sabido es que el albañil gana por término medio 4 pesetas de jornal, pero descontando de éste la suma que deja de percibir por el trabajo que no presta en los días festivos, los lluviosos y los en que las heladas impone el paro forzoso de las obras, viene á resultar con un jornal diario de 2'50 pesetas durante el año, cantidad insuficiente para atender á nuestra subsistencia y á la de nuestros deudos. El mal se agrava si se considera que la sobra de brazos nos impone largas huelgas forzosas que disminuyen considerablemente el exiguo jornal que venimos percibiendo.

Nuestra demanda no resuelve el problema social, mejor dicho, el problema humano, pero alivia los males de que con harta justicia nos quejamos y lleva en sí el ramo de olivo que simboliza la paz tan necesaria á todas las cla-

ses sociales, para ir en línea recta á la implantación de la fraternidad universal.

Reduciendo de una hora el trabajo diario, ganamos cerca de trescientas horas anuales, que podemos emplear en perfeccionar nuestros estudios y en reparar nuestras fuerzas físicas; á la vez significan unos treinta y seis jornales de trabajo prestados de menos durante el año por cada uno de los obreros ocupados, en cuyos jornales podrán hallar el pan de sus hijos y la satisfacción de sus más apremiantes necesidades los albañiles con arreglo á las actuales condiciones de trabajo. Nuestra demanda tiene un fin equitativo y un móvil altruista.

Desde el momento en que las leyes de las naciones no garantizan el derecho á la vida del trabajador, las sociedades de resistencia se ven en la precisa necesidad de pedir la reducción de las horas de trabajo, para poder dar ocupación á tantos y tantos obreros expulsados de las industrias por exceso de producción.

La comisión abolicionista del impuesto de consumos, está terminando los trabajos para celebrar el próximo sábado 11 del corriente un gran mitin en el Teatro Euterpe para protestar de aquel odioso impuesto.

Según noticias el acto tendrá gran importancia.

Se han declarado en huelga en Barcelona los obreros carreteros.

Se habla también del paso general como acto de solidaridad á los obreros metalurgistas.

Y el gobierno, ante este movimiento obrero ha tenido una idea colosal que se dice que pondrá en breve á la práctica.

La de suspender las garantías constitucionales.

La huelga de los obreros del arte metalúrgico de Barcelona continúa sin solucionar. Los burgueses se muestran estúpidamente intransigentes en lo que se refiere á la jornada de nueve horas, que es lo que con justicia piden los huelguistas, y últimamente han presentado unas bases, que más que una fórmula de arreglo es un insulto á los trabajadores en huelga. No se ve, pues, por ahora una solución satisfactoria.

En las reuniones celebradas por los huel-

guistas, ha reinado el mayor entusiasmo, y es de esperar que sostendrán la lucha con firmeza. Está de su parte la razón y la justicia, cuentan con las simpatías de todas las personas de conciencia honrada.

Para mí la república es aún poder y tiranía. Si la idea del contrato social estuviese bien determinada, no sólo no dejaría en pie la monarquía, no dejaría en pie ni la república.

¡Ah, pobre pueblo! ¿Dónde están ya tus jefes? Tiende una mirada á tu alrededor: estás casi aislado, sólo. Tus ídolos se han postrado á los pies de otra divinidad: el oro.

Mi voluntad es incoercible, la noción de mi deber, irreformable, á no ser por mi propia inteligencia. En vano se me enseña una legislación dictada por Dios, adoptada por cien naciones, sancionada por los siglos; mi ley moral la juzga, y pronuncia sobre ella su inapelable fallo. Si la cree injusta, la condena irremisiblemente.

El hombre no está condenado á sufrir eternamente los males que le afligen. Su inteligencia disipa de día en día las nieblas que la oscurecen y confunden, su voluntad está mejor determinada, su libertad se educa. Vendrá, á no dudarlo, tiempo en que, conocida ya la ley de la humanidad, sus relaciones marcharán perfectamente de acuerdo con los destinos de su raza. La libertad y la fatalidad serán entonces idénticas, no habrá motivos de lucha, y una aureola inextinguible de paz circundará ya la fuente del niño al saltar del seno de su madre.

PÍ Y MARGALL.

Imp. de M. Ribera.—Sto. Domingo, 34.—SABADELL

R. Cal. 11
Vauca XX